

## EL JAPON ANTE ORIENTE MEDIO Y LA REHABILITACION AFROASIATICA

Cuando durante la Conferencia que en Ginebra celebraron desde mayo a junio los ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias, se concentraron en torno a la cuestión de Berlín las preocupaciones de quienes deseaban allanar los caminos a una situación de paz justa y duradera, fué evidente que en Berlín no estaba todo lo esencial. Aunque Berlín destaque por su mayor proximidad occidental, o porque se considere a la vez como símbolo y camino, el Oriente Medio constituye otro sector de tensiones mucho más extensas y acaso más profundas. Por ejemplo, respecto a las presiones soviéticas que sobre Persia se vienen realizando escalonadamente, en los círculos políticos internacionales de Estambul, El Cairo, Beirut, etc., se ha opinado, y se sigue opinando, que las acciones emprendidas por Rusia en los sectores europeos sólo tienen por objeto distraer la atención de las otras potencias, para que éstos no se den cuenta de que el Sur y Sudoeste de Asia es el verdadero objetivo de los gobernantes del Kremlin. Sea o no cierta tal conjetura, queda el hecho de que la Conferencia de Ginebra ha removido la mayor parte de los sectores asiáticos meridionales, con los cuales puede quedar enlazado incluso el lejano Japón.

Uno de los primeros extremos respecto a los cuales se comienza a pesar en la participación del Imperio nipón, es el del neutralismo. Poco antes de iniciarse la conferencia ginebrina, el ministro de Asuntos Exteriores de la República Arabe Unida, Mohammed Fausi, fué a Ginebra también, donde el Secretario General de la O.N.U. presidió la exposición de unos cambios de impresiones de los Gobiernos de El Cairo y Nueva Delhi. Estas impresiones se referían al deseo de concertar una acción combinada de los países llamados «neutralistas», en su cooperación a los esfuerzos para apaciguar la tensión mundial. Esta primera comunicación de Mohammed Fauzi a Hammarskjöld se refería sólo a un enfoque de principio. En cuanto a su articulación concreta, durante la última decena de mayo se realizaban una

serie de consultas. Según la prensa autorizada de El Cairo, el objetivo posible era definido de este modo: «Hacer ver a las grandes potencias que los países neutralistas son algo que cuentan, y que no han de tolerar el ser instrumentos indefensos de decisiones adoptadas sin consultarles.» En cuanto a los países que podrían constituir el núcleo del «neutralismo positivo» se citaba a la R. A. U., la India, Indonesia, Yugoslavia, posiblemente el Japón, y, en general, todos los miembros del conjunto afroasiático en la O. N. U. que quisieran adherirse.

A primera vista puede parecer sorprendente que se cuente con el Japón para un esfuerzo de reserva global o de mediación moral de un grupo de países al margen de los «cuatro grandes» o «cinco grandes», pues el neutralismo del Japón procede de bases totalmente distintas. Si en Yugoslavia obra una disidencia de forma dentro de la ideología oficial, y en la R. A. U., como en la India e Indonesia, son aún predominantes los resabios de recelo de pasados períodos colonialistas, en el Japón la inhibición fué un hecho forzoso y pasivo en sus orígenes. La implantación de la Constitución de 1946, la devolución de la soberanía nipona después del Tratado de Paz de 1951, y las disposiciones que sobre la defensa del país del sol naciente se firmaron entre 1945 y 1954, no han sido cosas que naciesen del deseo, del empeño, ni mucho menos del entusiasmo de los gobernantes y el pueblo del Japón. También es sabido que quienes dentro del mismo Japón se oponen ahora a toda revisión del texto constitucional de 1946, no lo hacen tanto por entusiasmo hacia las teorías de democracia a estilo norteamericano que en dicho texto se insertaron, como por empeño de aprovechar las ventajas que ofrece para mantenerse al margen de la influencia decisiva de cualquier gran potencia.

Desde fuera y desde lejos puede parecer que existe una absoluta contradicción entre el actual estilo pasivo de aceptar un apagamiento y un desarme que fueron impuestos por los vencedores de la segunda contienda mundial, y el anterior estilo expansivo que había puesto en circulación el programa de una «Esfera de prosperidad de la Gran Asia Oriental». Pero el examen objetivo de la evolución nipona a partir de la reforma Meiji de 1868 muestra que todas las etapas del vivir nipón han respondido desde entonces a dos extremos necesarios de una especie de péndulo. Cuando el Japón, saliendo de su aislamiento multiseccular, tuvo que vivir de un modo abierto e internacionalizado, esto sólo podía lograrlo llegando a que se le reconociese la igualdad política en cualquier terreno. Pero la eficacia de tal reconocimiento y de los medios puestos para desempeñar un papel exterior confor-

me con su geografía, dependía a su vez de que el Japón pudiese desenvolver una presencia continental sobre todos los sectores asiáticos directos e indirectos. El primer objetivo determinó el desenvolvimiento del segundo, y el segundo condicionó los rumbos vitales del primero.

Los hechos circunstanciales de las formas militares, comerciales, emigratorias, etc., y de sus cambios, no suprimen la realidad de que la nación nipona no puede separarse de la evolución de los pueblos de su propio Oriente, ni, en general, de la de todos aquellos que han sufrido discriminaciones raciales o regionales. Cuando en diciembre de 1956 Japón pasó a ser miembro de la Organización de las Naciones Unidas, su delegación se integró inmediatamente entre las del llamado «Bloque afroasiático», del cual ha seguido formando parte. En abril de 1955 ya había asistido una representación nipona a la Conferencia de Bandung. En enero de 1958 asistió otra representación a la Conferencia de El Cairo, y después quedó un japonés formando parte de los diez miembros de la Secretaría permanente. Es verdad que de dicha Secretaría permanente entraron también a formar parte dos representaciones de China comunista y de la U. R. S. S. (ésta por sus territorios de Turquestán, Siberia, etc.). Pero también Japón está asociado (junto con las potencias anglosajonas y gran número de países de Asia), al Plan de Colombo, que funciona para la rehabilitación económica de los pueblos de Extremo Oriente.

En el confuso sistema de Bandung, y en el de Colombo (que nació dentro de la inglesa Commonwealth), la acción del Japón tiende a ir sobre todo muy cerca de la de la India; tanto por las formas como por el espíritu y el estilo. A través de la India es cómo la presencia nipona se deja sentir más visiblemente en Oriente Medio o Próximo Oriente, y desde allí, sobre los países árabes del lado africano.

Un ejemplo concreto y muy característico fué desde 1958 el de Argelia. El 30 de mayo de 1958 en Delhi y en Tokio se celebró a la vez un día llamado «De Solidaridad de Argelia combatiente», durante el cual (por iniciativa de unos comités locales de Solidaridad) se realizaron cuestaciones callejeras. Por otra parte en Delhi y en Tokio, una delegación de nacionalistas argelinos se entrevistó con grupos parlamentarios y celebró conferencias de prensa. Sin embargo, las cuestaciones fueron para ayuda humanitaria a víctimas de la lucha en Argelia, y para sostener el principio de coincidencia legal de los pueblos incluidos en sectores de acción colonial. En cambio, para la solución del problema político argelino, India y Japón prefieren que se lleven a cabo negociaciones pacíficas con los go-

biernos franceses; aunque respetando la personalidad colectiva de los argelinos autóctonos.

Cuando en julio del mismo 1958 se discutió en la O. N. U. la crisis libanesa de aquel verano, el Primer Ministro del Imperio nipón, Nobusake Kishi hizo una declaración protestando expresamente contra el desembarco en el Líbano de tropas norteamericanas. En el mismo sentido se pronunció después, dentro de los organismos y las comisiones de las Naciones Unidas, el delegado japonés Koto Matsudaira; después de que la declaración presidencial de Kishi había sido notificada aparte a Londres y Washington. Se trataba de sostener un concepto de no intervención de Estados poderosos en los asuntos internos de Estados más débiles.

Aparte de las posiciones generales dentro de un neutralismo instintivo que en gran parte procede de un sentimiento de frustración; el Japón y la India se asemejan actualmente en que las inhibiciones locales son reforzadas por razones económicas. Al final de la guerra mundial, la nación nipona se encontró con un sistema industrial deshecho; una gran disminución de su superficie territorial; la pérdida de los mayores sectores que le proporcionaban alimentos; el peso de varias grandes cargas como consecuencias de la guerra, y unos excesivos aumentos de población que han llegado hasta el 15 y el 20 por 100. Así en los dos países que tienen por capitales a Tokio y Nueva Delhi se ha pensado en soluciones semejantes, a veces tan desesperadas como las de los apoyos oficiales a las reducciones de los índices de natalidad, por medio del aborto y la destrucción de lazos familiares... En cuanto a lo político, Japón y la India son los dos mayores Estados que en Asia existen (aparte la China comunista). Es decir, los dos mayores relacionados con las potencias llamadas «Occidentales», aunque sin dependencia de los rumbos de tales potencias.

Por la política, tanto como por la economía y la necesidad de buscar nuevos puntos de equilibrio a sus empeños de asiaticismo, Japón e India tienen que hacerse un poco «países del Mediterráneo». Lo paradójico, y hasta lo brutal de tal afirmación, queda explicado por antecedentes como el de que Turquía haya llegado a ser un miembro del Pacto del Atlántico. En la república indostana y el Imperio nipón, sus mediterraneísmos se refuerzan por las tendencias comerciales. Así, mientras la India es el primer cliente oriental del tráfico que pasa por el Canal de Suez, Japón es el primer país consumidor de petróleo al Este del referido canal.

Concretándose exclusivamente a tratar del Japón, puede observarse que su empeño por acercarse hacia el Oriente Medio se concentra sobre los paí-

ses árabes (aparte del interés que en sectores parciales se siente por Persia y Turquía). El motivo petrolífero es el más urgente. La primera concesión importante obtenida oficialmente por los Gobiernos nipones ha sido una de extracción petrolífera sobre los trozos que aún quedaban libres en Kuwait o Kowait. Después ha obtenido Japón otra concesión en Arabia Saudita. A la República Árabe Unida ha enviado Japón en los meses recientes dos misiones técnicas petrolíferas; una de las cuales fué especialmente recibida y acogida por el presidente Nasser. Japón ha manifestado por otra parte en varias ocasiones un interés especial por asociarse a cualquier fórmula de participación en la construcción de la gran presa de Assuán.

Una mención aparte puede hacerse en lo referente al Líbano. Desde hace algunos meses se nota que en los círculos internacionalistas de Tokio se comienza a comentar, con especial atención, las diversas posibilidades que ofrece la pequeña nación libanesa, tanto en el papel de encrucijada geográfica y cultural, como en el de principal nudo financiero, comercial, aéreo y turístico del Levante árabe; y también en el sentido de ser el Líbano un país de apretada población, que aprovecha hasta el máximo los recursos del suelo y el ingenio de los habitantes. Los puntos de enlace entre Tokio y todo el Mediterráneo pueden llegar a fijarse en Beirut. En el mismo sentido Beirut-Tokio y viceversa hay funcionando varios servicios aéreos.

En el caso de la República del Sudán propiamente dicha, es decir, el Sudán del Nilo, la atención japonesa no se refiere tanto al Sudán mismo, sino a las posibilidades de un campo de acción para el exceso de las disponibilidades de técnicos nipones, y un sector de obtención de primeras materias tropicales. Sudán, lo mismo que su vecino el Imperio de Etiopía, proporciona oportunidades de obtener campos de acción por medio de ayudas directas a que estos países (a la vez africanos y próximo-orientales) aumenten sus modernizaciones y acondicionamientos. En relación con Abisinia tuvo especial resonancia la visita oficial que hizo a Tokio el Negus Haile Selassie. Entonces fué recordado que las dinastías reinantes en Tokio y Addis Abeba son las dos más antiguas del mundo.

Al margen de los apremiantes intereses de carácter económico, y de las necesidades de buscar sectores de irradiación que en Próximo Oriente u Oriente Medio compensen los cerrados en Extremo Oriente, se nota la necesidad de «robustecer el núcleo interior». Esta frase se refiere a que otra vez (lo mismo que después de iniciarse la época Meiyi) la conservación del núcleo nacional nipón depende de su prestigio asiático, y ese prestigio asiático depende de las posibilidades defensivas japonesas. El problema mi-

litar japonés vuelve a plantearse no sólo en defensa de su seguridad, sino de su posición continental.

El día 25 de este mayo, y en los astilleros navales de la Compañía Kawasaki en Kobe, se procedió al lanzamiento del primer submarino que se construye en el Japón desde que terminó la segunda guerra mundial. Éste sumergible sólo tiene por ahora como objetivo el entrenamiento de tripulaciones; pero su botadura fué festejada como una ceremonia simbólica, a la cual asistieron unas 20.000 personas entusiasmadas. La prensa y la radio de varios países de lengua árabe recogieron esta noticia y la divulgaron de modos muy destacados. Los comentarios hechos en estos servicios informativos arábigos aludían también a la conveniencia de que Japón llegue a ser un «fuerte defensor del pacifismo afroasiático».

Dentro del mismo Japón, la primavera del corriente 1959, viene también señalando una atención especial hacia las cuestiones de la defensa. Los amigos y los correligionarios del actual jefe del Gobierno, Nobosuke Kishi, vienen figurando entre los más decididos partidarios de que se revise la Constitución de 1946 en el sentido de permitir que el país pueda tener un armazón militar defensiva completa. Ahora bien, resulta que la Constitución no puede reformarse sin que los gubernamentales dispongan en el Parlamento de una mayoría absoluta, y sólo después podría convocarse un plebiscito nacional. Desde las elecciones de mayo de 1958 los liberales-demócratas de Nobosuke Kishi tienen en la Cámara de Diputados 287 escaños, en un total de 467. Esto es suficiente para ir gobernando, pero no basta para establecer cambios estatales. No obstante, en la referida prensa árabe se recoge la impresión de que el resultado de las elecciones municipales del 25 de abril señalaba un avance de los liberales-demócratas en la opinión pública, puesto que éstos obtuvieron 35 de las 46 prefecturas.

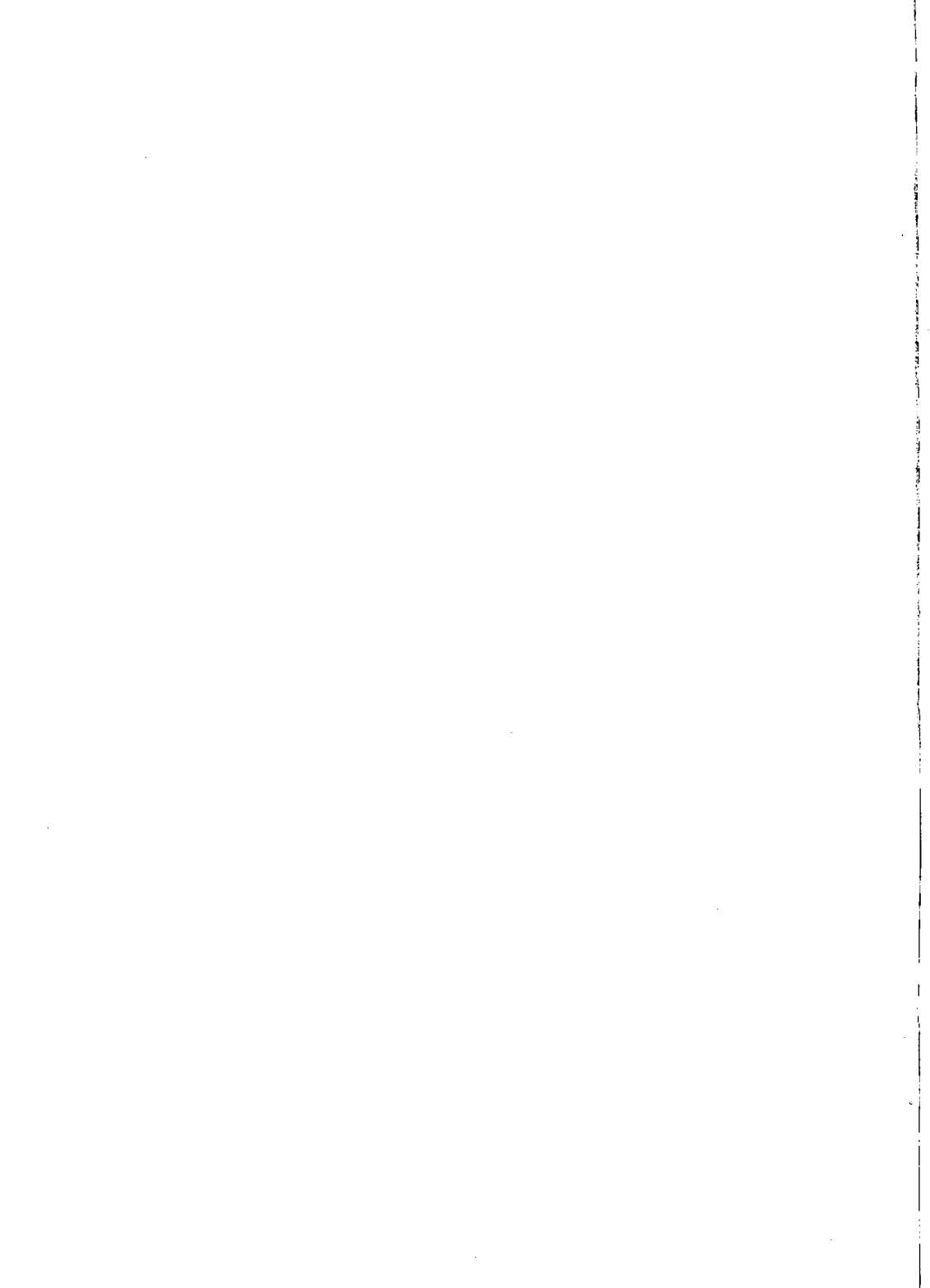
Realmente, las ventajas que van ganando los gubernamentales en el terreno electoral, proceden de que éstos han arrebatado a los portavoces de la oposición parte de sus alegatos y sus programas. Por ejemplo, Kishi viene compensando las tendencias a la revisión constitucional que no agradan a los socialistas ni a otros grupos menores, por un deseo de llegar a nuevas negociaciones con los Estados Unidos, para tratar de revisar el acuerdo niponorteamericano de seguridad. A pesar del norteamericanismo oficial de los liberales-demócratas, Kishi opina que el Acuerdo actual no ofrece bastante garantía para la independencia ni para el equilibrio. Así, por ejemplo, todos los jefes políticos de Tokio reclaman libertad de movimientos para poder tratar con China y con la U. R. S. S., puesto que son los vecinos con

los cuales existen pleitos pendientes, como el del proyecto de un tratado de paz con la Unión Soviética. Kishi ha insistido en que después de la revisión, el Japón mantendrá sus lazos amistosos con los países occidentales no comunistas; sobre todo con Estados Unidos.

En el terreno afroasiático, el revisionismo japonés actual no tiene como meta ningún programa de volver a rehacer el Imperio bajo formas de conquistas. Para lo interno se aspira a «rectificar límites naturales», procurando devoluciones de trozos territoriales retenidos por Rusia y Norteamérica. Para lo externo, se trata de que, aún aceptando Japón la protección indirecta de las potencias anglosajonas, no quiere apoyos en los cuales no se le consulte previamente ni se le trate en plan de absoluta igualdad. Desde este punto de vista los argumentos nipones se parecen mucho a los expuestos desde El Cairo por el presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser. Es una coincidencia reconocida y señalada por los mismos nipones.

En último término, el nacionalismo árabe, el mismo nacionalismo indio, el sostenimiento turco y otros movimientos del Oriente Medio proceden de los descos de que sus evoluciones nacionales no conserven sobras de dependencias más o menos colonistas de los mayores poderes mundiales. Y dentro de los pueblos afroasiáticos del referido lado que se extiende entre el Mediterráneo y el Indico, los de cultura árabe despiertan entre los nipones un interés preferente. Porque precisamente entre dichos pueblos árabes se manifiestan claramente los mismos motivos de confusión espiritual que padece el Japón de la postguerra, como un revés o un contraluz de su depresión política. Entre los árabes, como entre los japoneses, llega al máximo la confusa acumulación revuelta de elementos tradicionales y modernos, mediorientales y europeos, humanistas y utilitarios, religiosos y agnósticos. Algo sobre lo cual flota un difuso empeño de igualdades populares y raciales.

RODOLFO GIL BENUMEYA.





### III

## *CRONOLOGIA INTERNACIONAL*

